



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

# EL JARDÍN ESPAÑOL EN LOS ESCRITOS DE LOS VIAJEROS EXTRANJEROS

EVA J. RODRÍGUEZ ROMERO  
Universidad San Pablo-CEU, Madrid

Un testimonio fundamental de las perspectivas críticas sobre el arte español desde el exterior lo constituyen los “libros de viaje” y escritos diversos de los extranjeros que nos visitaban. Se ha estudiado numerosas veces cómo describían nuestras costumbres y tipos, nuestras ciudades, nuestra pintura.... pero se ha reparado menos en cómo percibían nuestro paisaje. Casi todos dejaron al menos pequeñas pinceladas de cómo veían los campos que atravesaban, las montañas... y, a veces, los jardines que visitaban. En este trabajo se analizan esos pasajes, en escritos del siglo XVIII y XIX principalmente, para llegar a saber cómo era la percepción que tenían del arte del jardín español, aunque nos centramos en los jardines de Madrid y los Sitios Reales para acotar la extensión de nuestras líneas.

## El descubrimiento del paisaje natural y el jardín paisajista

En siglo XVIII se desarrollan el corpus teórico y los procedimientos prácticos de las ciencias que se ocuparán del estudio de la Naturaleza. Paralelamente se establecen los principios de la jardinería paisajista<sup>1</sup> y aparece un concepto de paisaje muy próximo al actual. La imagen de Naturaleza estará relacionada, pues, con la nueva apreciación del paisaje y del jardín pintoresco, el cual no se introducirá en España hasta las últimas décadas del siglo XVIII y se desarrollará durante la primera mitad del siglo XIX fundamentalmente.

<sup>1</sup> En España no abundaron los tratados teóricos sobre jardinería (ver RODRÍGUEZ ROMERO, Eva J.: “Jardines de papel: la teoría y la tratadística del jardín en España durante el siglo XIX”, *Asclepio*, vol. LI-1, 1999, pp. 129-158), pero sí las obras sobre Historia Natural, como la obra del irlandés Bowles, *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España* (1786), o la de nuestro naturalista ilustrado Cavanilles, *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del reyno de Valencia* (1795). Estudiando estas obras se puede comprender cómo la cultura del setecientos iba desgranando los elementos que conformarán una nueva imagen de la naturaleza (Cfr. URTEAGA, Luis: *La tierra esquilada. Ideas sobre la conservación de la naturaleza en la cultura española del siglo XVIII*. Ed. Serbal-C.S.I.C., Madrid, 1987, pp. 174-188).

Las distintas manifestaciones históricas del arte de los jardines pueden considerarse como testimonios de los modos de ver y de juzgar el paisaje natural. El jardín francés, barroco, quiere ser la reproducción de la atmósfera exquisita del interior de los palacios, sin embargo el jardín inglés, paisajista, quiere buscar la libertad ante lo natural visto como originario. Entre ambas tendencias media toda una revolución cultural y una nueva actitud frente a lo natural<sup>2</sup>. Considerar al campo como paisaje es una enseñanza del siglo de las luces, que se tradujo en un arte de jardín que también pretendía imitar la naturaleza. Así, los escritos de Addison y de Pope pusieron en marcha el “movimiento paisajístico” en Inglaterra, y también los de Rousseau en Francia. Desde la Antigüedad se viene desarrollando una relación literatura-naturaleza-jardinería<sup>3</sup>, con las visiones arcádicas, las descripciones del Edén, los “libros de villa”, etc. Los viajeros ingleses en sus recorridos pedagógicos por Europa buscaban una determinada visión del paisaje, esa imagen clásica o arcádica, con campos ocres, escasa vegetación y cielos luminosos... sembrados de ruinas antiguas, que es la que pretenderán reflejar los jardineros de los jardines paisajistas. Para ello se servirán de templos y otros edificios clasicistas diseminados sobre un paisaje muy distinto: la ondulada, verde y brumosa campiña inglesa.

Asimismo, cuando el jardín paisajista nace es la época de los grandes viajes, en paralelo a los grandes cambios económicos, políticos y sociales, que conllevaban una nueva mentalidad y, por tanto, nuevas manifestaciones artísticas. Una de ellas es la nueva jardinería, a la que es habitual referirse como la “revolución jardinera” y que se dio acompañada primero de la revolución agrícola y después de la revolución industrial. El mundo estaba cambiando y los jardines con él: el jardín paisajista nace parejo al mundo de la Ilustración, al liberalismo, la fisiocracia y el filantropismo; será también el jardín del poder de la burguesía en sus villas campestres y palacios urbanos, para terminar siendo el jardín del pueblo en las ciudades con los parques urbanos de los higienistas. Este proceso se desarrolló durante dos siglos, el mismo tiempo que el jardín paisajista fue la expresión artística en jardinería y el mismo tiempo que el viaje ilustrado primero y el viaje romántico después fue la constante más relevante en la cultura europea.

<sup>2</sup> Por ejemplo, Horace Walpole, autor de la primera historia del jardín paisajista (*On Modern Gardening*, 1780), escribe sobre el jardinero paisajista William Kent: “Kent fue lo bastante pintor como para apreciar el atractivo del paisaje, para darse cuenta de que la naturaleza entera es un jardín” (el subrayado es nuestro).

<sup>3</sup> Ver p. ej. CARO BAROJA, Julio: *La ciudad y el campo*, Ed. Alfaguara, Madrid-Barcelona, 1966. Realiza un recorrido por la oposición entre la vida en el campo y la vida en la ciudad desde la Antigüedad, pasando por la Edad Media, etc. *Urbanitas y rusticitas* son dos términos opuestos en un vocabulario lleno de matices (p. 36): la vida en la ciudad es más compleja, más refinada, consecuencia del florecimiento de las artes y las profesiones especializadas... (p. 172) y el ciudadano trata de volver a la tranquilidad y bondad de la vida en el campo instalándose temporalmente en villas y quintas de recreo. Pero no nos engañemos, es sólo una pose, la villa supone el aislamiento del campo pero el refinamiento de la ciudad. También se analiza cuándo aparece el gusto por el paisaje, la naturaleza, los árboles y las montañas en la literatura en el prólogo de AZORÍN: *El paisaje de España visto por los españoles*, Espasa-Calpe, Madrid, 1941, pp. 7-14. Este autor sitúa el origen del gusto por la naturaleza en Rousseau, que inaugura el paisaje literario y abre el camino a Saint-Pierre, paisajista admirable, aunque el “sentimiento amoroso hacia la Naturaleza es cosa del siglo XIX, ha nacido poco a poco con el romanticismo. Gracias a la ciencia, a los adelantamientos de la industria, a la facilidad de las comunicaciones, el hombre ha ido descubriéndose a sí mismo. Ha surgido el yo frente al mundo; el hombre se ha sentido... consciente de sí frente a la Naturaleza. De esa consideración... ha brotado toda una literatura nueva, desconocida de los antiguos. Esa es precisamente la obra del romanticismo. Por primera vez... trae el Arte a la Naturaleza en sí misma, no como accesorio” (p. 14).

## La literatura de viajes y la descripción del paisaje

La moda de los viajes, inaugurada por los ingleses en el siglo XVII, se generalizó a lo largo del siguiente siglo. Ingleses, alemanes, franceses, rusos, suizos y también algún español de la buena sociedad emprendían las rutas del continente y el *Grand tour* se convirtió hacia 1780 en la coronación de una buena educación<sup>4</sup>, bien como clave para poder interpretar el decurso histórico, bien como fuente de inspiración. Los destinos viajeros del ilustrado burgués europeo eran Francia, Inglaterra, los Países Bajos y, sobre todo, Italia. En esos planes de formación erudita, en los que el viaje tenía que ser la ratificación de la teoría previamente estudiada, España no solía ser meta ni itinerario; hasta que la nueva sensibilidad romántica impulsó a la búsqueda de exotismos y supuestos peligros, ya que, como la calificaría Ford, España sería “el país de lo imprevisto”.

Con esta “cultura” del viaje, la literatura de viajes conocerá lógicamente su auge, tanto en los relatos escritos con las impresiones de viajeros verdaderos, como en las novelas que narraban extraños viajes ficticios. Esta ficción que ofrecía muchas veces una nueva geografía donde la naturaleza no estaba controlada por la civilización, no era sino la visión fantástica de una realidad coetánea: las grandes expediciones y los descubrimientos innumerables en la historia natural. Además gracias a los “libros de viaje” se dio a conocer en España, mostrando ejemplos de otros países, la nueva jardinería. Efectivamente, las descripciones de los viajeros españoles por Europa fueron un vehículo de transmisión del nuevo jardín paisajista en nuestro país más eficaz que la tratadística<sup>5</sup>. Así, por ejemplo, el *Viaje fuera de España* del académico don Antonio Ponz, realizado en 1783 y publicado en 1785, recorriendo Francia, Inglaterra, Holanda y Flandes, es un delicioso trayecto por el frondoso paisaje que él había anhelado para nuestras provincias y contiene descripciones de los más conocidos jardines paisajistas<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Ver, p. ej., el artículo de LEPETIT Bernard: “Voyages” en MARCEL, Odile (ed.): *Composer le paysage. Constructions et crises de l'espace (1789-1992)*, Champ Vallon, Seyssel, 1989, pp. 111-130, o el libro de HIBBERT Christopher: *The Grand Tour*. Thames Methuen, Londres, 1987. Estudios más extensos sobre el viaje ilustrado son: BLACK, T., *The British Abroad. The Grand Tour in the Eighteenth Century*, New York, 1992 y SETA, C. de: *L'Italia del Grand Tour*, Milano, 1992.

<sup>5</sup> Así, por ejemplo, entre 1780 y 1781 el escritor José de Viera y Clavijo realizó su segundo viaje a Francia, Alemania e Italia acompañando al joven marqués de Santa Cruz y en su Diario (publicado en 1848) describe el jardín de Beloil. Este jardín es el que aparece en los famosos versos de Jacques Delille. “Los jardines”, que ensalzaban el jardín naturalista, los cuales fueron traducidos precisamente por él para Jovellanos. (Comentado por SOTO CABA Victoria. “EL jardín romántico en la España ilustrada: una visión en la literatura”, *Espacio, tiempo y forma*, serie VII, tomo 6, 1993, pp. 407-432, pág. 421). Otros jóvenes fueron “pensionistas del Estado”, como Claudio y Esteban Boutelou, hijos del jardinero jefe de Aranjuez, a los que el rey otorgó una pensión en 1789 en París donde deberían ponerse bajo la dirección “de uno de los jardineros más reputados de la capital...” Igualmente, el nieto de aquél, otro Esteban Boutelou, y Agustín Pascual, matemático, permanecen desde 1842 a 1845 pensionados en el extranjero, donde completaron sus estudios en París, Burdeos y, sobre todo, en la Academia Real de Ingenieros de Montes en Tharand (Sajonia) (AGP, Sección Admva., leg. 748: Instrucción Pública. Cfr. también A.G.P., personal, c<sup>a</sup> 793, exp. 42: exp. personal de Agustín Pascual y González, Inspector general de los Reales Bosques). Vuelven de cuando en cuando a España y traen encargos de plantas y semillas para el director general de Jardines y Bosques Reales (A.G.P., sec. admva., c<sup>a</sup> 11.793, exp. 3-10). A su regreso Agustín Pascual fue inspector de Bosques Reales en comisión desde 1846, jurando su cargo el 24 de agosto de 1847, y Esteban Boutelou pasó a servir en Aranjuez desde octubre de 1845. Las relaciones entre esta escuela y las instituciones españolas duró largo tiempo, ya que en 1857 envían las normas para recibir pensionados y en 1863 están estudiando allí Ignacio López de la Torre Ayllón y Antonio Villamor y Peña, también bajo patronio real (A.G.P., sec. admva., leg. 748: Instrucción pública).

<sup>6</sup> En este sentido, Ponz se manifiesta totalmente puesto al día al utilizar como instrumentos para calificar un paisaje las sensaciones que éste produce, y aspectos como la diversidad, la irregularidad... tendiendo así un puente

Hubo igualmente libros de viaje que describían las impresiones de los extranjeros que visitaban España<sup>7</sup>, en los cuales también podemos encontrar descripciones de nuestros paisajes, nuestras ciudades y nuestros jardines. Pero no todos los libros de viaje tienen el mismo carácter. Así, en el siglo XVII la literatura de viajes eran las crónicas de viajes diplomáticos. En el siglo XVIII el viaje ilustrado busca un fin didáctico y, tras largos años de concienzudo estudio, trata de plasmar por escrito, a veces de manera enciclopedista, las visiones "objetivas" y minuciosas de los lugares visitados, para contribuir a ampliar el conocimiento racional y científico del mundo y la sociedad. El siglo XIX convierte lo científico en base del ocio y aparecen las "guías" de viaje, semejantes a las actuales en estructura, con indicación de recorridos, trucos y consejos, etc. En otras ocasiones, se pretenden plasmar las emociones e impresiones personales del viajero, a veces en forma epistolar o suma de relatos cortos, en pos del más puro romanticismo.

Así, desde la Guerra de la Independencia, arqueólogos, soldados, políticos, pintores y literatos recorren España incansablemente. Se abre el siglo XIX con el *Voyage Pittoresque et Historique* de Alexander Laborde (1806), que fue un admirable catálogo monumental de

entre el neoclasicismo y la estética romántica. Está cerca de los criterios empleados por los filósofos que impulsaron el movimiento paisajista y emplea los mismos términos que los teóricos ingleses del nuevo estilo de jardín. Así ve en el curso de un río, las grutas, los puentes y la abundancia de una vegetación exótica, frondosa y cuidada, siguiendo su disposición natural... elementos necesarios para "crear agradables y nuevos puntos de vista". Insiste, asimismo, en la "fragmentación de la perspectiva" y en el carácter de sorpresa cuando "pasando de un espacio a otro, se halla uno, sin advertirlo, con otro objeto principal, pero totalmente diverso de lo que acaba de ver" (PONZ, A.: *Viaje fuera de España*, Ed. Aguilar, Madrid, 1988 (ed. fcs), tomo I, carta XII, p. 222), recogiendo así el método del jardín oriental preconizado por Chambers en sus escritos. Incluso su *Viaje de España*, editado desde 1772 hasta 1794, recoge un panorama de la jardinería española que es comparada con la inglesa y francesa. Ponz ve en el progreso del campo, como buen ilustrado fisiócrata, la solución a muchos problemas económico-sociales que conllevaría el mejor cultivo de las artes y el avance de las ciencias. Para ello trata de seguir y exponer los ejemplos de países que él ya ve en esos momentos como más avanzados que el nuestro, aunque también trata por todos los medios de clarificar la imagen que los extranjeros dan de España en sus libros de viaje. Efectivamente, en el prólogo del *Viaje fuera de España* comenta y corrige las observaciones de los viajeros que han difamado España y que irán forjando esa imagen tópica y pintoresca que después potenciarán y vendrán buscando los viajeros románticos en el siguiente siglo.

<sup>7</sup> Es abundantísima la bibliografía sobre libros de viaje, tanto recopilatoria como analítica. En cuanto a lo que atañe a nuestro estudio, es igualmente numerosa la literatura viajera en la que aparecen alusiones a Madrid, puesto que los extranjeros casi siempre visitaban la capital. No todos describen su fisonomía, sino las costumbres, los personajes, la política, las fiestas, sus mujeres... pero, aun así, tenemos en esos relatos numerosos trazos con los que poder imaginar el "antiguo Madrid" y sus alrededores. Aparte de consultar las obras en concreto, como las de Laborde, Bowers, Taylor, Gautier, Merimée, Ford, Borrow, Dumas, Davillier, etc., recomendamos ver los estudios críticos que de esos textos han realizado diversos autores: FERNÁNDEZ RÚA, J.: *La España del siglo XIX vista por los extranjeros*, 1955; FIGUEROA Y MELGAR, Alfonso de: *Viajeros románticos por España*, Madrid, 1971; ROBERTSON, Ian: *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España 1760-1855*, Madrid, 1976; SORIANO PÉREZ-VILLAMIL, M<sup>a</sup> Enriqueta: *España vista por historiógrafos y viajeros italianos (1750-1799)*, Narcea ed., Madrid, 1980; VV.AA.: *Viajeros y paisajes*, Alianza ed., Madrid, 1988; EZQUERRA ABADÍA, Ramón: *El Madrid del siglo XIX ante los extranjeros*, Insto. de Estudios Madrileños y Ayto. de Madrid, 1982 y *El Madrid de Carlos III visto por los extranjeros*, Ayto. de Madrid e Insto. de Estudios Madrileños, 1988; FREIXA, C.: *Los ingleses y el arte de viajar: una visión de las ciudades españolas en el siglo XVIII*, Barcelona, 1993; SERRANO, M<sup>a</sup> del Mar: "Viajes y viajeros por la España del siglo XIX", *Geocrítica* n<sup>o</sup> 98, Universitat de Barcelona, sept. 1993; JIMÉNEZ CRUZ, Antonio: *¡Cosas de los ingleses!. La España vivida y soñada en la correspondencia entre Georges Borrow y Richard Ford*, Ed. Complutense, Madrid, 1997 y GARCÍA ROMERAL, C.: *Viajeros portugueses por España en el siglo XIX*, 2001.

España (viaje "ilustrado", "pictórico", "con láminas", que no "pintoresco"). Pero a esta visión de lo monumental se sumará esa otra de los toros, los bandidos, las posadas, etc. en el libro del barón Taylor (*Voyage Pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique...*, 1826), que abrirá los ojos hacia lo pintoresco y lo romántico. Buscando el sabor de los español y los clichés establecidos vendrán Quinet, Gautier, Dumas, Merimée... Olvidos y exageraciones en los relatos, que no eran sólo artísticos o literarios sino propaganda política y religiosa, fueron configurando una España inventada que todavía se mantiene en las imágenes arquetípicas del extranjero medio.

La interminable bibliografía de viaje decimonónica es repetitiva, ya que muchos viajeros se parafrasean entre sí y repiten los tópicos y estereotipos que nacen de sus prejuicios sobre lo español, puesto que venían a España precisamente buscando esos tipismos. Se documentan ampliamente, sobre todo en libros de viajeros de siglos precedentes, citando (e incluso plagiando) a Mme. D'Aulnoy, a Caïmo, a Saint Simon, etc., pero también a Ponz, a quien suelen otorgar bastante crédito. Suelen ser prolijos en datos históricos y geográficos que extraen de los numerosos diccionarios geográfico-estadísticos de la época, como el Madoz, el Miñano<sup>8</sup>, etc. La reiteración incansable de los tópicos, la ausencia del reconocimiento a los avances de la nueva España que está naciendo a mediados del siglo XIX frente a la celebración de lo que pervivía de la España tradicional y pintoresca en los foráneos relatos de viaje ya fue criticada por Mesonero Romanos<sup>9</sup>. Asimismo, aquí en España se publicaba anualmente, desde 1749 a 1809, un *Calendario manual y guía de forasteros en Madrid*; tras un lapso de seis años se reanudó de 1815 a 1873, cuando cambia de nombre y como *Guía Oficial de España* aparece hasta 1935, lógicamente con un enfoque muy distinto a las guías que escribían los extranjeros<sup>10</sup>.

Antes de ver algunos textos concretos, resaltaremos que las actitudes del viajero frente a nuestros jardines se pueden resumir en:

- Crítica a todo reflejo del barroco, con el consiguiente ensalzamiento y elogio de las características italianizantes y rústicas de nuestros jardines.

Hay recopilaciones muy interesantes de diversos textos extraídos de libros de viaje, como p. ej. CHECA CREMADES, José Luis: *Madrid en la prosa de viaje*, 3 vol., C.A.M., 1992, 1993 y 1994; FERRER, José M<sup>a</sup>: *Visión romántica de Madrid en los relatos y estampas de los viajeros extranjeros del siglo XIX*, Ed. Viajes Ilustrados, Madrid, 1997; y GARCÍA MERCADAL, J.: *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, 6 vol. Junta de Castilla y León, 1999. Asimismo existen relaciones comentadas de textos, aunque no se reproduzcan párrafos en concreto, como: FARINELLI, Arturo: *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Divagaciones bibliográficas*, Roma, 1942.

<sup>8</sup> Se sabe que Taylor le pidió la redacción del texto de su *Voyage Pittoresque* a Larra, quien se sirvió del diccionario de Miñano ya que había viajado por España menos que el propio Taylor, que tuvo por tanto que rehacer lo escrito por Larra (comentado por Antonio BUERO en el estudio crítico-biográfico que introduce el *Viaje por España* del barón Charles DAVILLIER, Madrid, 1957, p.XX).

<sup>9</sup> Sin embargo, Mesonero había fundado el *Semanario Pintoresco Español*, donde los españoles cultos también escribían sobre bandidos y lo pintoresco y lo tradicional se respiraba por todas partes, pero lo mismo visto por un extranjero hería el orgullo nacional. Desde 1835 con *El Artista*, hasta 1870 con *La Ilustración de Madrid*, el auge de lo pintoresco coincide con la progresiva industrialización de España; los viajeros querían una España poética mientras que los españoles la deseaban industriosa, con ferrocarriles, fábricas y modas de París.

<sup>10</sup> Incluso, en 1858 se programan una serie de viajes oficiales de Isabel II por diversas provincias de España para reavivar el rescoldo monárquico, para los cuales se contrataron escritores, cronistas, grabadores y fotógrafos (cfr. HERRERO DE COLLANTES, Ignacio (marqués de Aledo): *Viajes oficiales por España de Isabel II*, Madrid, 1950).

- Crítica al jardín barroco y por tanto a los jardines españoles por seguir un anticuado trazado regular.
- Crítica a las "ridiculeces" de nuestros pequeños parques paisajistas.
- Elogio al naturalismo y originalidad de algunos de nuestros jardines.

## Visiones de los jardines

### *Los Sitios Reales*

Los reyes españoles habían disfrutado desde antiguo de la relación con el campo, mediante actividades como la caza, fundando para ello residencias en las cercanías de la Corte, que fueron denominadas Reales Sitios. Durante todo el siglo XVIII y también gran parte del XIX, bajo los auspicios de la fisiocracia, se pusieron en marcha explotaciones agrarias modelo en varios de estos Sitios, lo que tuvo su papel relevante en la aparición del jardín paisajista en nuestro país. El sistema urbano-arquitectónico de los Sitios Reales formaba todo un entramado territorial y paisajístico, organizando una serie de coronas concéntricas en torno a la metrópoli. Los Reales Sitios más próximos (Casa de Campo, Florida y Buen Retiro), aunque también tienen zonas productivas, podemos considerarlos como amplios jardines de transición entre el borde de la urbe y el campo. En esta transición participarían también las posesiones que la nobleza organizaba en forma de villas en los límites de la ciudad. Después, formando la siguiente corona, se enlaza mediante un sistema de caminos arbolados y tierras de cultivo, con El Pardo, que ya posee su propia organización con las diversas células que lo constituyen y el pueblo<sup>11</sup>. En la corona exterior tendríamos aquellos Sitios de organización más compleja (La Granja, El Escorial y Aranjuez), que ya no se basan tan sólo en la relación jerárquica clásica palacio-jardín-bosque-campo, sino que se completan con el trazado urbanístico *ex novo* de sus poblaciones, constituyendo pequeñas ciudades "ideales", satélites de la corte. Los viajeros rara vez eluden su descripción, veamos las impresiones que nos dejaron sobre sus jardines.

Un viajero anónimo holandés publicó en 1700 un libro titulado *Viajes hechos en diversos tiempos en España, en Portugal, en Alemania, en Francia y en otras partes*, donde describe Aranjuez<sup>12</sup>, destacando fundamentalmente el emplazamiento natural y los juegos de agua:

"Aranjuez es la casa de diversión más bella que haya en Castilla... Se la va a ver por curiosidad, como hacen en Francia con Versalles, Fontainebleau, Chantilly y otras... La situación de ese lugar es la más afortunada del mundo. El Tajo y el Jarama... atraviesan el parque y en varios sitios forman islas muy agradables. Al entrar en el jardín se pasa el Tajo por un puentecillo de madera. Forma en ese sitio una cascada natural muy agradable. A cien pasos de allí se encuentra una fuente que arroja infinidad de chorritos de agua, y muchos otros que salen de la tierra

<sup>11</sup> En esta misma corona podríamos englobar la Real Posesión de Vista Alegre, que fue la típica villa suburbana que también influiría en el trazado y el entorno del pueblo donde se enclava, al igual que sucedía en Boadilla del Monte con el palacio y los jardines del Infante don Luis.

<sup>12</sup> J. GARCÍA MERCADAL recoge en su antología *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, op. cit., vol. IV, pp. 445-496 los pasajes correspondientes a su visita a la capital y su viaje de Madrid a Lisboa.

para mojar a las gentes cuando quieren divertirse... El agua produce un ruido en el extremo de una terraza semejante al vuelo de varios pájaros...<sup>13</sup>

Bajo los ojos del jardín barroco, tenemos la visión aportada por Luis de Ruvroy, duque de San Simón, que llegó a Madrid en misión diplomática en 1721. En sus Memorias<sup>14</sup> cuenta:

“El jardín es grande, con un hermoso parterre y algunas bellas avenidas. El resto está cortado por bosquecillos, bóvedas de ramas... y lleno de fuentes de hermosa agua, de pájaros y de animales, de algunas estatuas que inundan a los curiosos... Surge el agua bajo sus pies; les cae desde esos pájaros ficticios... una lluvia abundante... de suerte que se ve uno mojado en un instante, sin saber por donde escapar.

Todo este jardín está en el antiguo gusto flamenco hecho por flamencos que Carlos V hizo venir expresamente. Ordenó que ese jardín sería siempre atendido por jardineros flamencos... y eso es siempre observado fielmente desde entonces. Acostumbrados después al buen gusto de nuestros jardines, traído por Le Nôtre, que ha tenido todo ese honor por los jardines que ha hecho y que se han convertido en modelos, no se puede evitar el encontrar muy pequeño y muy insignificante a Aranjuez. Pero todo ello hace algo encantador y sorprendente en Castilla, por el espesor de la sombra y la frescura de las aguas...”

Sin embargo, en el último tercio del siglo XVIII los viajeros estarán ya completamente imbuidos del espíritu paisajista en el gusto por el trazado irregular y la vegetación frondosa, predispuestos a aventurarse en recorridos sinuosos... En 1774 el mayor inglés W. Dalrymple pasea por Aranjuez:

“... esos jardines están compuestos de gran número de avenidas de olmos hermosísimos... De cada veinte en veinte varas, hay salas formadas en cuadro, hexágono, etc., con estanques y surtidores de diferentes figuras; de allí parten nuevas avenidas que conducen a otros paseos... En algunas partes de ese jardín... han ejecutado ridículas miserias en bordados de mirto; son flores de lis, iniciales, etc. Esos jardines se encuentran hoy tal como fueron construidos al principio; aún no han adquirido en este país el verdadero gusto de los jardines; el fresco de esas aguas y de esas vastas umbrías de olmos es la sola belleza que los hace recomendables; la vista está constantemente cerrada por la estrecha prisión de esos altos setos...; la monotonía uniformidad de esas grandes avenidas, siempre rectas, fatiga pronto y, al fin, resulta fastidiosa<sup>15</sup>.”

También bajo una concepción paisajista, el barón de Bourgoing relataba en *Un paseo por España durante la Revolución Francesa*<sup>16</sup> sus impresiones mucho más positivas sobre los jardines de Aranjuez, en una descripción sensual en la que no olvida la condición de ilustrado fisiócrata y elogia los trabajos de agricultura que se llevan a cabo en el Real Sitio. Además es uno de los primeros viajeros que habla del recién construido Jardín del Príncipe:

<sup>13</sup> *Op. cit.*, pp. 461-462.

<sup>14</sup> Traducidas por GARCÍA MERCADAL J. en su antología *Viajes de extranjeros por España...* *op. cit.*, vol. IV, pp. 699-724. El texto que citamos aparece en la pág. 716.

<sup>15</sup> GARCÍA MERCADAL J.: *Viajes de extranjeros por España...* *op. cit.*, vol. IV, p. 180.

<sup>16</sup> Recogido por GARCÍA MERCADAL J. en su antología *Viajes de extranjeros por España...* *op. cit.*, vol. V, pp. 443-574.



“No acabaríamos nunca si nos propusiésemos describir todas las bellezas de Aranjuez... ‘Huerta de Valencia’ ofrece ensayos de cultivos... además de campos de lino, de praderas artificiales y de viñedos, se encuentran allí moreras y una construcción destinada a la industria del gusano de seda. Pero lo más notable es la calle de la Reina, que forma la espina dorsal de su constitución... su prolongación no menos extensa, termina en otro puente sobre el río, cuyas revueltas sólo podemos imaginar, ya que los setos, árboles y frondas que recubren el valle ocultan su curso a intervalos. Detrás de una de estas espesas cortinas se oculta una cascada que se oye a lo lejos... Pero la frondosa vegetación se interrumpe de repente y sólo tenemos ante nosotros las colinas peladas que forman el recinto del valle y que se han ocultado cuidadosamente a la vista para impedir que el marco desluciera el efecto que produce el cuadro...”

Nada más delicioso que este jardín (Jardín de la Primavera) durante la estación que lleva su nombre... Todas las frutas, todas las flores, todas las legumbres se producen con facilidad. Las arboledas protegen con su sombra acogedora contra el ardor de mediodía. Setos de arbustos olorosos perfuman el aire de la mañana y los embalsamadores vapores que exhalan vuelven a sentirse a la puesta del sol para dar mayor encanto a los paseos del anochecer...

Lo que más placer le proporciona al rey es el cuidado de su jardín (el Jardín del príncipe)... Se ha excavado una especie de estanque sobre el cual se eleva un kiosko, un templete griego... Cerca de allí hay una barca en estilo chino...: donoso conjunto de objetos heterogéneos que a pesar de los adornos ofrecen apariencias bastante mezquinas. Pero la naturaleza ha puesto tanto de su parte al prodigarse en flores y plantas exóticas, junto a las cuales se alzan bellos y extraños árboles extranjeros, y extensas avenidas de sauces llorones que ofrecen grata sombra... este jardín constituye, sin duda, uno de los paseos más agradables de Europa...<sup>17</sup>”

Wilhelm von Humboldt nos visitó entre 1799 y 1800 con su familia en unos momentos en los que nuestro país pasa por uno de sus mayores baches históricos, con enfrentamientos sucesivos con Francia e Inglaterra que neutralizan los esfuerzos iluministas de Aranda, Floridablanca y Jovellanos. Aunque sigue las indicaciones del *Viaje a España* de Ponz (que quizás adquirió una vez llegado aquí) no repara en las curiosidades artísticas y arquitectónicas de la capital, puesto que esa tarea se la encomendó a su esposa, cuyas notas entregaría a Goethe y que no se conservan<sup>18</sup>. Además vino con la idea preconcebida<sup>19</sup> de que su viaje a España iba a ser un túnel del tiempo que lo retrotraería al siglo XVI. Aún así, opina sobre los jardines de Aranjuez:

“El jardín es bonito y está trazado con buen gusto. Se ha dedicado al cultivo de árboles y el jardinero, don Pablo Boutelou, es un hombre especialmente entendido y juicioso. Se ha propuesto fomentar la arboricultura en España. En este sentido se distribuyen semillas de manera gratuita y anualmente se envían árboles jóvenes a todas las provincias de España... El jardinero se ha preocupado sobre todo de árboles americanos que... se adaptan al clima... En los montes alrededor del palacio y del Sitio se plantan olivos y otros árboles que puedan prosperar sin

<sup>17</sup> *Op. cit.*, pp. 528-531.

<sup>18</sup> Sobre la interpretación y condiciones del viaje de W. Von Humboldt a España ver la introducción de VEGA Miguel Ángel, titulada “La imagen de España en los apuntes de viaje de Wilhelm von Humboldt”, en Wilhelm von HUMBOLDT: *Diario de viaje a España, 1799-1800*, ed. Cátedra, Madrid, 1998, pp. 9-40.

<sup>19</sup> Llega a España con un interés antropológico y, al viajar con su familia, no se integra en la vida del país, sino que lo sigue viendo desde un contexto alemán. Por esto su visión de España es más peyorativa que la de su hermano, Alexander von Humboldt. Éste, al contrario que la mayoría de los viajeros, se mueve en un contexto más cosmopolita y ve España como un país europeo y, aunque atrasado en algunos aspectos, no ajeno a él.

riego en este clima. Esto hace que el sitio esté verde y boscoso y destaque en todo el entorno... En el jardín hay muchas estatuas antiguas y modernas. Las primeras provienen de San Ildefonso, entre las últimas debe de haber algunas bastante buenas. Sólo pudimos ver un templete con figuras antiguo-egipcias de mármol negro, ya que las restantes estaban cubiertas debido a la estación del año. Un paraje especialmente bonito en el jardín lo constituye la presa próxima al palacio, que forma una cascada<sup>20</sup>."

Vemos que habla del Estanque de los Chinescos y del Jardín de la Isla con el mismo interés, sin reparar en los distintos estilos de ambos. Igualmente, es relevante que destaque sobre todo el tema del cultivo de arbolado exótico, seguramente incitado por los escritos de Ponz, a quién otorga gran credibilidad. Los "turistas" de la época estaban acostumbrados a deleitarse con las propiedades visuales del paisaje, alentados a diseñar vistas, modular las perspectivas desde el primer al último plano, etc. Paralelamente, junto con esta apropiación psicológica y estética de la naturaleza se dio un interés creciente por las ciencias naturales y la botánica. Al comienzo, los primeros jardines paisajistas se compusieron casi en su totalidad a partir de la flora local, pero a finales del siglo XVIII aumentan considerablemente las importaciones de plantas exóticas, contribuyendo al carácter evocador de las escenas del jardín y acompañando el exotismo de la arquitectura.

En los escritos de Humboldt no salen tan bien parados los jardines de La Granja, aunque sí aprecia la belleza del emplazamiento natural:

"El jardín está lleno de *colifichets*, pero tiene bellas flores y en verano puede ser bello. Las estatuas son malas y están colocadas sin gusto. El palacio y su fachada no tienen buena apariencia. El paraje junto al así llamado Mar, detrás del cual se elevan las montañas, ahora ya cubiertas de nieve, es realmente bonito<sup>21</sup>."

Los jardines de La Granja, por su fastuosidad y el dispendio que supuso su construcción siguiendo el "anticuado" estilo barroco, suelen ser criticados por los viajeros, aunque las peculiaridades del lugar y la tendencia en la jardinería española de búsqueda del naturalismo y la integración en el paisaje del entorno, suavizan el juicio de los extranjeros. Sin embargo, las primeras críticas negativas que encontramos en los relatos se deben precisamente a las dificultades de emplazar un jardín barroco en aquel lugar. Lo que ensalzarán los viajeros a partir de mediados del siglo XVIII es lo mismo que no gustaba a comienzos de la centuria, lo que nos sirve como evidencia clarificadora de la evolución en el gusto de los jardines hacia un incipiente paisajismo.

El duque de San Simón, que visita La Granja cuando aún estaba en construcción, comenta lo difícil que estaba siendo la realización de los jardines:

"Esos jardines tenían ya multitud de naranjos y estaban adornados... de jarrones... y de las más bellas estatuas de bronce y de diversos mármoles, como lo están los jardines de Versalles y de Marly, con talleres en los mismos jardines, donde trabajaban sin cesar los mejores maestros de Francia e Italia que habían podido traer. Pero esos jardines verdaderamente encantadores por la variedad y el buen gusto, el atractivo, la frescura, la extensión de los paseos, tienen un inconveniente muy fastidioso: es que todo el terreno no era sino roca viva y dura, con una

<sup>20</sup> HUMBOLDT Wilhelm von: *Diario de viaje a España, op. cit.*, pp. 135-136.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 76.

ligera costra de tierra encima, de manera que era preciso emplear el pico y muy corrientemente el auxilio de la pólvora para excavar todos los estanques y depósitos de agua, los agujeros de todos los árboles, las trincheras de las empalizadas... y trasladar allí también la buena tierra de lejos para llenar todas las excavaciones donde habían plantado...<sup>22</sup>

El padre Norberto Caimo, autor de las *Lettere d'un vago italiano ad suo amico*<sup>23</sup>, nos visitó entre 1759 y 1761, emitiendo un juicio muy positivo sobre estos jardines, explicando el sistema de riego y suministro a las fuentes, describiendo minuciosamente el juego del agua en cada una de ellas:

“Puede decirse que el jardín y la naturaleza se han como esforzado al unísono para repartirse allí las bellezas... y hacerlas magníficas y deliciosas. Allí se encuentran fuentes soberbiamente decoradas, bellísimas cascadas, depósitos, canales, jarrones, cenadores, espalderas, avenidas, vallados, rutas, laberintos, verdes tapices, parterres, bosquecillos con la variedad de los emparados, mirtos y laureles, todo ello en la más hermosa distribución y produciendo el efecto más agradable. Las aguas vienen de las montañas vecinas, que limitan todo el contorno, y forman al reunirse una especie de torrente que cae en un gran depósito que llaman el mar, situado en el sitio más elevado del jardín... Desde ese mar las aguas descienden por canales subterráneos a diferentes depósitos, desde donde se reparten por toda la extensión del jardín y dotan a treinta fuentes magníficas...

Hay allí tantas bellezas... que no se las puede admirar bastante, y no creo que a ese respecto San Ildefonso tenga nada que envidiar a Versalles... Cerca del jardín de las frutas hay un laberinto en el que, por falta de un hilo como el de Ariadna, no me he atrevido a aventurarme...

Desde cualquier punto que se miren estos jardines se ve en ellos la magnificencia y el buen gusto de Felipe V, que los mandó construir, y de la reina, su esposa, que puso en ellos la última mano...<sup>24</sup>

Conocemos las impresiones del político sueco Gustavo Felipe Creutz, por una carta que escribió en 1765 a Marmontel, donde antepone La Granja al mismísimo Versalles:

“Los jardines de San Ildefonso tienen algo maravilloso. Los han plantado en los abismos, en la bajada del horrible Guadarrama, cuyas cumbres están siempre cubiertas de nieve. Las aguas son de una magnificencia y una belleza que sobrepasan con mucho las de Versalles y Marly. Los Baños de Diana nada tienen de igual en el universo<sup>25</sup>.”

Vemos ya atisbos románticos en esta descripción, ya que el lugar es muy a propósito. De la misma manera lo veían los españoles de la época. Así, Ponz también compara Versalles con nuestra Granja de San Ildefonso, pero defiende esta última, comentando que “En nuestros jardines de San Ildefonso es más fácil, mucho menos costoso y muy frecuente hacer que corran las fuentes por el gran estanque y depósito de aguas que naturalmente se juntan, sin el

<sup>22</sup> *Op. cit.*, p. 722.

<sup>23</sup> Recogido por GARCÍA MERCADAL J. en su antología *Viajes de extranjeros por España...*, *op. cit.*, vol. IV, pp. 757-848.

<sup>24</sup> *Op. cit.*, pp. 818-819.

<sup>25</sup> Recogido por GARCÍA MERCADAL, J. en su antología *Viajes de extranjeros por España...*, *op. cit.*, vol. V, pp 107-158, p. 109.

excesivo gasto que al cabo del año ocasiona aquí la celebrada e ingeniosa máquina de Marly.”<sup>26</sup> Ya comentamos el entusiasmo de Ponz por la jardinería inglesa, cosa que puede resultar sorprendente, ya que lo que censura -por ejemplo los jardines de Versalles<sup>27</sup> y el jardín barroco en general- sigue vigente en los proyectos de ajardinamiento de Carlos III, que tan alabados habían sido en su *Viaje de España*. Son contradicciones características de la transición continua de la ilustración al romanticismo: un jardín regular y clasicista también puede describirse y apreciarse bajo los ojos del pintoresquismo. Así, más avanzado el siglo XVIII, entre 1772 y 1773, nos visitaba Juan Francisco Peyron (*Nuevo viaje en España*, 1780)<sup>28</sup>, y decía:

“Los jardines están a la parte de Levante, y han sacado de la situación todo el partido posible... Se admiran las fuentes (las describe una por una)... y todas esas fantasías del arte divierten un momento, pero lo que interesa y no cansa es un estanque inmenso que domina el parque: un lago irregular que llaman el Mar... situado al pie de un grupo de montañas erizadas de pinos... Se oye el murmullo de las cascadas naturales que vienen a parar allí; una multitud de avenidas sombrías, estrechas y tortuosas, conducen a los diversos repliegues de esos montes. Allí se respira un aire tan fresco, tan embalsamado, el paisaje es de un aspecto tan singular, que se olvida al instante la vana pompa de los paseos enarenados, y todo el adorno de las fuentes...”

En la misma línea, el barón de Bourgoing comenta:

“Existen en los jardines de San Ildefonso algunos puntos desde los cuales la vista abarca una gran parte de las fuentes y surtidores. Es deliciosa la estancia en una especie de meseta situada encima de la cascada principal, enfrente de la residencia del rey. Si observamos por los huecos practicados en el follaje, podemos admirar cuando corren las fuentes, veinte columnas de cristal que se elevan... y que al mezclar su blancura deslumbrante con el verde de los bosquecillos y unir su murmullo al estremecido susurro de las ramas, refrescan la atmósfera. Y si nos remontamos hacia el gran depósito... se llega... a una gran avenida... desde el centro de la cual, volviéndose hacia el lado del castillo, la mirada abarca un horizonte inmenso, sin límites al parecer.

Los amplios jardines quedan a nuestra espalda; y avenidas, parterres, fuentes: ha pasado todo... si se mira hacia atrás, un lago cuyos bordes irregulares no son producto de una torpe imitación de la naturaleza, como ocurre en nuestros jardines ingleses. Aquí es la naturaleza misma la que los ha trazado... De la montaña que tenemos enfrente fluyen las aguas... que se reúnen en el lago y desde allí descienden, por mil conductos invisibles, a otros depósitos desde los cuales brotan en forma de arcos, de haces, de columnas, por encima del florido tapiz...”<sup>29</sup>

Antes de pasar a las descripciones del siguiente siglo, comentaremos una de las pocas descripciones de los jardines de El Escorial, que aunque todos los viajeros lo visitan, sobrecogidos

<sup>26</sup> PONZ, A.: *Viaje fuera de España*, op. cit., tomo II, carta VIII, p. 408.

<sup>27</sup> Para su repulsa a los jardines de Versalles se fundamenta en la opinión del abate Laugier cuyas afirmaciones dicen que “aunque han pasado por una de las maravillas del mundo..., están llenos de defectos, situados en un angustioso valle, cercado de áridas colinas y lúgubres espesuras,... habiéndose hecho todo con resistencia de la Naturaleza...” *Ibidem*, p. 407.

<sup>28</sup> Recogido por GARCÍA MERCADAL, J. en su antología *Viajes de extranjeros por España...*, vol. V, pp. 237-442, pág. 382.

<sup>29</sup> *Op. cit.*, p. 459.

por el Monasterio, no suelen recoger. Norberto Caimo escribió sobre el sistema de riego y los cultivos, donde se comprueba que eran efectivamente un jardín-huerto, utilitario pero encantador:

“Los jardines de El Escorial son deliciosos; están al mediodía y al levante... sobre terrazas grandes y divididos en diferentes cuadros, todos rodeados de mirtos y de cipreses... teniendo cada uno una fuente en el centro... Esas fuentes... están mantenidas, así como las del Monasterio, por las aguas que son traídas de la montaña vecina por canales subterráneos... Se baja de esos jardines altos por doce anchos escalones de piedra y se entra en un vasto parque rodeado de un muro... Allí se recogen frutas excelentes de distintas especies, especialmente ciruelas y cerezos. Los reyes de España... han hecho trasplantar allí de los países extranjeros todo lo que en ellos hay de mejor en cuanto a árboles frutales, e incluso han hecho poblar un gran vivero de los peces más exquisitos<sup>30</sup>.”

Durante el siglo XIX seguirán teniendo mucha influencia en el mundo del jardín las guías de viaje y las descripciones de lugares y ciudades. Aparecen monografías sobre los Sitios Reales, donde se les da muchísima importancia a los jardines históricos, como en la *Descripción Histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez* de Álvarez de Quindós y Baena, aparecido en 1804. En 1825 se publica el *Compendio Histórico, Topográfico y Mitológico de los Jardines y Fuentes del Real Sitio de San Ildefonso...* de Sanmartín Sedeño, que será reeditado en 1845. Igualmente, Fernando VII encargaba a su pintor de cámara, Fernando Brambilla, unas vistas de los Reales Sitios para adornar aposentos palatinos, que se litografiaron en 75 láminas<sup>31</sup> que se pusieron a la venta entre 1827 y 1832. En 1845, Fagoa y Muñico escriben la *Descripción de los Reales Sitios de San Ildefonso, Valsaín y Riofrío* y en 1863 se publica *Un viaje al (sic) Escorial. Descripción ordenada del Monasterio y Palacio y de las modernas casitas del Infante y del Príncipe* de José Martín y Santiago, a modo de guía de viaje. Aranjuez vuelve a ser “motivo de actualidad” con la *Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez escrita en 1868 por don Cándido López y Malta sobre la que escribió don Juan Álvarez de Quindós* (Imprenta de D. Cándido López, Aranjuez, 1869), que recoge como indica el título la obra anterior, pero incluye las nuevas transformaciones que tuvieron lugar durante la primera mitad del siglo XIX en el pueblo, los jardines y los alrededores. Esto la convierte en una obra imprescindible para estudiar el contraste que existe entre las diversas

<sup>30</sup> *Op. cit.*, p. 810.

<sup>31</sup> *Colección de las Vistas de los Sitios Reales litografiadas por orden del Señor D. Fernando VII de Borbón*. Real Establecimiento Litográfico, 1827-1832. Seguramente se editaron para dar a conocer la labor que se había llevado a cabo de recuperación y mejora de los Sitios Reales tras la Guerra de la Independencia. Estos lugares eran famosos incluso fuera de España, por lo que debían considerarse como símbolos de la monarquía. En el anuncio que el Real Establecimiento Litográfico publicó para su difusión se decía: ... “La magnificencia de los Sitios Reales... es célebre, no solo en España, sino también en todo el mundo civilizado. Cosa muy singular, y de que tal vez no se hallará ejemplo alguno fuera de España, es la inmensa diferencia que existe entre todos ellos, á pesar de hallarse a tan corta distancia unos de otros, no solo en el carácter arquitectónico de sus palacios, sino hasta en su clima y en la vegetación de su suelo.” (Citado por PARDO CANALÍS, Enrique: “La Colección de las Vistas de los Sitios Reales y Madrid”, *Revista de Ideas Estéticas*, nº 119, 1972, pp. 19-30, pág. 21). En 1833 se añaden trece láminas con vistas de la capital (*Vistas de Madrid litografiadas por orden del Rey de España el Señor D. Fernando VII de Borbón*, Real Establecimiento Litográfico, 1833). Tras la muerte del rey, la reina Gobernadora se encarga de continuar esta empresa y así, en 1835, se publica la colección completa de litografías con la intención de dar a conocer en España y en Europa los “sitios pintorescos a que la naturaleza y el arte han dado celebridad”.

maneras de entender el jardín, desde el origen renacentista, pasando por el trazado barroco y las diversas actuaciones neoclásicas, hasta llegar al jardín isabelino que transforma la imagen del Parterre, nexo de unión entre palacio y ciudad, e invade la expansión del Sitio como expresión de la jardinería privada en los palacetes que la nobleza está erigiendo en esas fechas.

Tenemos las impresiones de Richard Ford escritas en 1845, siendo éste un viajero especialmente irónico, e incluso mordaz y cruel con nuestro país. Así describe, con benevolencia, Aranjuez:

“... como por espíritu de contradicción, mientras que en Madrid hay un bello palacio sin jardín, aquí tenemos un jardín sin palacio... Hay una descripción del palacio y los jardines escrita por Alvarez de Quindos, Madrid, 1804, y una guía publicada en 1824 por Domingo de Aguirre. El jardín llevará al visitante a ver los leones de la *Isla*, la última de cuyas fuentes fue pintada por Velásquez. Los objetos que más vale la pena ver son la fuente del Cisne, la Cascada, Neptuno y los Tritones; en una palabra, aquí podrían entretenerse y jugar las nereidas, las náyades y las dríadas, mientras Flora y Pomona contemplan sus juegos. Los olmos traídos de Inglaterra por Felipe II crecen magníficamente bajo la mezcla de calor y humedad... La *Florera* o *Jardín Inglés*, como llaman a este lugar irregular, sin orden y con malas hierbas, fue tendido por Richard Wall, irlandés<sup>32</sup>.”

En contra de lo que podría parecer previsible, salen mucho mejor parados en sus líneas los jardines de La Granja, a pesar de ser de trazado regular, que nuestros tímidos jardines paisajistas. Quizás por ser diferentes de la jardinería a la que él, como inglés, está acostumbrado y, por lo tanto, no comparable a la de su país. Lo que sí critica es el dispendio que supuso su construcción y conlleva su mantenimiento, lo cual es una constante en los defensores del estilo paisajista frente al barroco:

Los jardines del palacio cuentan entre los mejores de España; el paseo triunfal delante-ro, llamado el parterre, porque todo, tanto en nombre como en estilo es francés, domina un panorama de flores, agua y montañas... Para formar estos jardines hubo que allanar y ahuecar rocas, a fin de meter por ellas las tuberías de las fuentes y las raíces de los árboles, cuya tierra había sido traída de las llanuras. Es preciso renovarla constantemente, y aún así parece enana; pero el deleite de los déspotas es enriquecer a favoritos sin mérito y sus gastos contrastan con la miseria del hombre. El yugo de los reyes constructores es pesado y sobre todo cuando, como dijo Saint Simon de Luis XIV y su Versalles: “Il se plut à tyranniser la nature”.

San Ildefonso, después de todo, no fue sino una imitación... aunque más pequeños, estos jardines son mucho más reales que su modelo: el agua es su encanto, y aquí no es un charco turbio, forzado a subir por medio de una instalación hidráulica de madera, sino puro cristal destilado y fresco, recién llegado de montañés alambique; la Cascada es una gran hoja de agua que cae y que, bajo el sol de Castilla, reluce como plata fundida; procede de un depósito situado arriba... que recibe el modesto nombre de El Mar... pero es que los españoles nunca se quedan cortos en cuestión de grandes palabras...<sup>33</sup>

<sup>32</sup> FORD Richard: *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa*, Ed. Turner Madrid, 1981, vol. II, pp. 122-126.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 58-59.

*Los jardines de Madrid*

La llegada de la dinastía borbónica supuso toda una serie de cambios en materia de jardinería para España<sup>34</sup>. Primeramente la presencia de jardineros franceses, como Loinville y la saga de los Boutelou, y también italianos como Lumachi y Piccioli, que propusieron la creación de las primeras escuelas de jardinería en nuestro país. También se crearon los primeros jardines con fines científicos y, con Fernando VI, pero sobre todo con Carlos III, tendríamos los primeros ejemplos de lo que podríamos llamar jardinería urbana: se abren numerosos paseos arbolados y se permite el acceso a ciertas zonas de algunos Sitios Reales. Asimismo, la nobleza construye amplios jardines en sus palacios suburbanos. Pero la aparición y expansión del nuevo jardín paisajista en España fue un fenómeno tardío y lento al mismo tiempo<sup>35</sup>, siendo considerado generalmente el Jardín del Príncipe en Aranjuez como el primer ejemplo claro del mismo, aunque para ser más rigurosos deberíamos esperar a El Capricho de la Alameda de Osuna, que es el primer trazado de jardín paisajista que realmente sigue un completo programa iconográfico y formal característico de este nuevo estilo. Casi todos los jardines madrileños en el siglo XVIII son, por tanto, todavía de estilo tradicional, con elementos renacentistas, y una gran rusticidad y naturalismo en general, combinados con detalles barrocos.

El viajero anónimo holandés que publicó en 1700 el libro titulado *Viajes hechos en diversos tiempos en España...*, también describe los jardines que rodean la ciudad de Madrid:

“El Buen Retiro es una casa sobre una eminencia cerca del Prado Viejo... Hay allí un gran parque muy agradable, y habría con que hacer algo más bello. Se ven allí multitud de pequeños pabellones, separados unos de otros, que servían de alojamiento particular a las gentes de la corte. Tiene cada uno su jardincillo, y en varios hay pequeñas fuentes. Hay uno mayor... en donde se ven empalizadas de naranjos y limoneros, que dan muy buenos frutos... En el terreno más elevado de este parque se encuentra un estanque muy hermoso, sobre el que flotan tres pequeñas barcas... que sirven para pasearse. En las orillas hay también cinco o seis pabellones... El patio del gran edificio de esa casa, que está plantado en todo su contorno de limoneros, naranjos y jazmines, muy bien empalizados con otros adornos, que dan gusto de ver.

La Casa de Campo es también del rey. Está aun tiro de mosquete fuera de la ciudad... Ese sitio está muy abandonado. Hay allí algunas avenidas que conducen a tres estanques... Eso es muy selvático, pero no se deja de encontrar en verdad agradable... Las damas suelen hacer en ese sitio muchas cosas, o se bañan bajo tiendas, a causa de que ese río no es bastante profundo.

<sup>34</sup> Cfr. ARIZA MUÑOZ, Carmen: “Los jardines madrileños en el siglo XVIII”, *Madrid y los Borbones en el siglo XVIII: la construcción de una ciudad y su territorio*, C.A.M., 1984, pp. 141-155.

<sup>35</sup> ATIENZA y SIRVENT, Melitón en su *Memoria acerca del plan de una obra de arquitectura de jardines...*, Madrid, 1855, ya apuntaba que “podemos fácilmente deducir que en España se han cultivado desde la más remota antigüedad, todos los géneros de jardines, si bien es cierto que el denominado anglo-chino, tal como lo comprenden los ingleses, está en la actualidad poco extendido, y probablemente la falta de capitales, la propiedad demasiado subdividida y el aprovechamiento del terreno para la mayor producción de la agricultura, hará que éste nunca llegue a estar propagado como en aquella nación”. Sin embargo señala los adelantos hechos por los franceses en este género de jardín, gracias a los grandes capitales, el clima, la topografía y el “método de vida doméstica” de la nobleza y las clases acomodadas (p. 50). Podemos comprobar que la relación entre el nacimiento de la revolución jardinística y las posesiones campestres de la aristocracia inglesa apenas tuvo eco en España, a pesar de la insistencia de las Sociedades Económicas de Amigos del País en el interés por el campo y el retorno a la tierra.

El rey tiene alrededor de Madrid varias casas, que no son más ricas que las que tienen cerca de París varios mediocres burgueses. Tiene la Zarzuela, donde se puede cazar bien... El Pardo es también una de esas casas... Hay la de Castel Rodrigo, la que llaman la Florida, y que está enfrente de la Casa de Campo, es muy bonita; allí se ven varias grutas en varios jardines en terrazas, estatuas, fuentes, hermosos muebles y muy buenos cuadros. Este marqués tiene razón de sentirse allí muy a gusto... porque está colocado en uno de los sitios más agradables del país<sup>36</sup>.”

Vemos destacados ciertos aspectos del jardín español, que serán tratados también por otros viajeros como Silhouette y Caimo: la faceta productiva de los jardines, con frutales en espalderas, y las plantaciones típicamente mediterráneas, con jazmines y rosas a la sombra de las alamedas; los elementos de agua imprescindibles en nuestro clima; y los elementos arquitectónicos, como pabellones y grutas (galerías bajo las terrazas), característicos de nuestros jardines desde el Renacimiento. Más avanzado el siglo XVIII, entre 1772 y 1773, nos visitaba Juan Francisco Peyron, que escribe sobre el Retiro y la Casa de Campo:

“Los jardines del Buen Retiro... tienen casi una legua de extensión; encierran una hermosa fábrica de porcelana... y varias ermitas que allí estaban cuando Felipe IV compró ese terreno... Al dejar el jardín que tiene el palacio, y cuyo muro exterior está adornado de varios bustos de mármol... se avanza en el parque y... se encuentra uno en el jardín llamado Jardín de San Pablo... Hacia la mitad de ese jardín hay una bonita fuente, llamada Narciso... y se conservan varios frutales para la mesa del rey, algunas plantas raras. Allí se ven... la hierba llamada marum verum, y que sirve para hacer un bálsamo cuya receta dio el papa Ganganelli al rey, y las piedras fungase o piedras que vienen de Italia y que producen excelentes setas.

Hay en los jardines del Buen Retiro algunos estanques, varias fuentes y una especie de lago de trescientos pasos en cuadro, en el que la familia real... se dedica a la pesca. Ese parque no está cuidado como podría... se encuentran en él varias bellas avenidas, bosquecillos bastante frondosos; pero hay también partes enteramente descubiertas. Sería fácil, con poco gasto, y con gusto, hacer de él una residencia muy agradable<sup>37</sup>.

La Casa de Campo es una casa real situada a las puertas de Madrid, sobre la otra orilla del Manzanares, rodeada de un hermoso parque... que está encerrado por tapias. El público no tiene libertad para usar ese jardín, que sería para los habitantes de esa capital un paseo delicioso<sup>38</sup>... se ven allí varias fuentes, algunas estatuas bien ejecutadas, avenidas encantadoras, donde se encuentra fresco, verdor y, sobre todo, la más profunda soledad; pero no se puede ir allí a soñar todas las veces que uno quiere.”

Se atisba ya la reivindicación de espacios verdes para el pueblo y la concepción romántica de los jardines como lugares de ensueño. El barón de Bourgoing relataba en *Un paseo por*

<sup>36</sup> GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España...*, op.cit., vol. V, p. 456.

<sup>37</sup> *Op. cit.*, pp. 355-356.

<sup>38</sup> *Op. cit.*, pp. 371. Queremos destacar que Peyron promueve la utilización por el público de los jardines reales, ya que dice: “Se ve a la entrada del jardín la estatua ecuestre de Felipe III en bronce sobre un pedestal de mármol... Los monumentos no están hechos aquí para el público; todo está encerrado entre cuatro paredes; es preciso buscar amigos para ver el palacio nuevo, el Buen Retiro, la Casa de Campo, etc. Conozco un país donde el pueblo no cuenta nada, donde no es para él para quien se hacen los caminos, las calles y los paseos; pero en España es peor todavía”. Sin llegar a esa dura crítica a la monarquía española, nuestro ilustrado Ponz también alude en sus obras a la necesidad de sacar las estatuas de sus encierros en los jardines y ubicarlas en las plazas y zonas públicas, como efectivamente se hizo más adelante.



*España durante la Revolución Francesa*, describiendo con admiración el Prado y el Jardín Botánico:

“Carlos III lo allanó y puso faroles y árboles en sus avenidas; ha ordenado que lo rieguen y lo adornen con estatuas y fuentes, algunas de las cuales, como la de Cibeles por ejemplo, son de bastante buen estilo. Con todo esto lo ha convertido en paseo espléndido que se puede frecuentar con agrado y seguridad... Acuden todos los ciudadanos al Prado, a pie o en coche, para reunirse y respirar un aire refrescado por los surtidores de las fuentes y perfumado por el aroma de las flores...

Una de las cosas que más contribuyen a embellecer el Prado es el Jardín Botánico... No ya por aficiones botánicas; por el gusto de solazarse; con un permiso que no es difícil obtener, se disfrutan en el ambiente grato de tan bello jardín horas deliciosas, casi en absoluta soledad, entre árboles y plantas de las cuatro partes del mundo. Las producciones del reino vegetal están ordenadas según el sistema de Linneo... Enseguida se comprende que el rey dispone de muchos medios para procurarse en el mundo vegetal la colección más valiosa del mundo gracias a las variedades de climas en sus numerosos estados<sup>39</sup>.”

El Jardín Botánico también es elogiado por José Townsend, cuyo *Viaje a España* (1786-87) se juzgó de tanta importancia que se tradujo al francés (1809), con ilustraciones de Cavanilles, para que los invasores pudieran llevarlo en sus mochilas<sup>40</sup>. Lo avanzado de la ciencia botánica en España era un hecho innegable y los viajeros instruidos en la materia no dudaron en reconocerlo:

“Encontré en Ortega —se refiere a Casimiro Ortega, profesor de botánica— la actividad de un amigo y todas las atenciones posibles. Por su permiso tuve acceso... al jardín de botánica. El emplazamiento de ese jardín está muy bien escogido: está situado sobre una pendiente inclinada hacia el Prado, del que está separado por una verja de hierro. Sea que se paseen a pie o a caballo bajo las avenidas cubiertas de ese paseo, refrescadas por su numerosas fuentes y en donde no se ve uno molestado ni siquiera por el sol de mediodía, se puede de un golpe de vista dominar todo ese jardín, que es vasto y bien dotado... Aprendí mis primeros conocimientos de botánica con el doctor Hope, ..., pero debo confesar que el método de Ortega me parece preferible, y estoy persuadido de que sus alumnos... no dejarán de adelantar en esa ciencia.”

Tras la aparición de los primeros jardines con trazado paisajista a finales del siglo XVIII, el comienzo del nuevo siglo, con la invasión francesa, supuso para los jardines de la Corte una etapa de estancamiento y destrucción. Los jardines del Buen Retiro, la Casa de Campo, La Florida, etc. serán reconstruidos por Fernando VII, de manera que el nuevo trazado paisajista se incorpora lenta y paulatinamente tras la Guerra de Independencia, primero en los reservados reales, en los jardines de los palacetes urbanos de la nueva clase burguesa, en las quintas suburbanas y posteriormente en los parques, plazas y paseos al abrigo de las reformas y ensanches que tienen lugar en casi todas las capitales españolas durante la segunda mitad

<sup>39</sup> *Op. cit.*, pp. 480-481. Comenta el mercado de semillas, bulbos y plantas, el sistema de pensiones de los estudiantes de botánica, la cría y los cuidados que requieren los vegetales, así como las colecciones del Museo de Historia Natural.

<sup>40</sup> Recogido por GARCÍA MERCADAL, J. en su antología *Viajes de extranjeros por España...*, *op. cit.*, vol. VI, pp. 9-304, pág. 54.

del siglo XIX. Con Isabel II, el jardín paisajista es plenamente introducido en Madrid<sup>41</sup>, tanto en diversas reformas que tienen lugar en el Retiro, en la Casa de Campo y en el Casino de la Reina, como en numerosas plazas públicas. Incluso el Campo del Moro, ajardinado por Narciso Pascual y Colomer a la manera de jardín geométrico en los años cuarenta, es completamente reformado por Ramón Oliva durante la Regencia de M<sup>a</sup> Cristina de Habsburgo. El estilo paisajista es el que siguen la mayoría de los diseños de los Jardines de Recreo y de los Parques Públicos realizados hasta finales de siglo, como p. ej. el acondicionamiento del Retiro, ahora Parque de Madrid, y el Parque del Oeste, cuyas obras finalizaron ya en el siglo XX. También se verá aumentado el arbolado urbano. El Ayuntamiento de Madrid creó la figura de Director de Paseos y Arbolado de la Villa en 1820, puesto que recayó en el jardinero mayor del Real Jardín Botánico, Antonio Sandalio de Arias<sup>42</sup>. Bajo su dirección se crearon en 1822 los Viveros municipales en el Soto de Migas Calientes. Igualmente tenían sus propios viveros para el aumento del arbolado entidades como el Canal de Isabel II<sup>43</sup>. Todas estas actuaciones harán que en la actualidad Madrid sea la capital europea con más arbolado urbano, aunque no siempre fue vista por los extranjeros de una manera justa en este sentido.

Nuestros jardines y paseos suelen ser motivo de elogio por parte de nuestros visitantes decimonónicos, pero en ocasiones recibirán críticas por no adaptarse completamente a los preceptos del paisajismo "de moda" en toda Europa. Así, el Reservado del Retiro, por ejemplo, con sus "caprichos" rústicos y orientalistas (la Montaña Rusa, la Casa del Pescador en medio de un estanque, la Casa del Contrabandista, la Casa Persa, la Casa del Pobre, etc., remedo del *hameau* en el Petit Trianon de Versalles), era el tipo de jardín pintoresco que solía abundar en España, faltos de unidad y elegancia, ya que adolecían de una aglomeración excesiva de objetos, "mediano gusto" y cierto aire grotesco y fueron duramente criticados por Teófilo Gautier pero también por Mesonero Romanos<sup>44</sup>.

El habanero Antonio Ferrer escribe en 1835 sobre el Retiro y el Casino de la Reina:

"En el invierno, todos salen por la mañana a tomar el sol, escogiendo al efecto el jardín del Retiro... En otro tiempo éste era un sitio de temporada para los Reyes. Hoy el palacio sólo sirve para enseñarlo a los forasteros y curiosos, y los jardines, para pasear todo el año. El centro lo ocupa un gran estanque, que ofrece diversión en verano... y en invierno cuando se hiela viendo patinar a los aficionados. Para visitar el reservado, que es el palacio, una casita rústica, las falúas en que han navegado los reyes en el estanque y otras frioleras, se necesita papeleta del administrador...

<sup>41</sup> Ver ARIZA MUÑOZ, C.: "Introducción del jardín paisajista en el Madrid del siglo XIX". *Villa de Madrid*, n° 97-98, 1988, pp. 80-89.

<sup>42</sup> ARIZA, Carmen: "Los jardines madrileños en el siglo XIX", en *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, 2 vol., C.A.M., 1986, pp. 519-537.

<sup>43</sup> El fin de todos estos viveros era surtir de árboles y arbustos los paseos y jardines públicos de Madrid, para lo cual se habían estado utilizando hasta entonces los servicios de los viveros reales de Aranjuez, por ejemplo. En 1861, se crean también los Viveros de Portici en San Fernando y, más adelante, en 1885, se destina un terreno en el Parque de Madrid para zona de prácticas y vivero de la Escuela de floricultura y arboricultura, fundada por el Instituto Municipal de Artesanos. Sobre los viveros del Canal, cfr. RODRÍGUEZ ROMERO, Eva *et al.*: *Guía de los jardines de las Oficinas Centrales del Canal de Isabel II*, ed. Canal de Isabel II y Real Jardín Botánico, Madrid, en prensa.

<sup>44</sup> Cfr. GAUTIER, Teófilo: *Un viaje por España*. Valencia, s. f., p. 72 y MESONERO ROMANOS, Ramón de: "Los jardines del Retiro". *Escenas matritenses por el Curioso Parlante* (1840), ed. De Plaza del Amo, Madrid, 1991, p. 688, donde habla de estas construcciones como "magníficas superfluidades, producto de puerilidad de ideas".

Desde la torre del retiro se descubre una hermosa vista de todo Madrid. Por el mismo estilo es el Casino, o casita de campo de la Reina, que queda a la salida de la puerta de San Vicente (sic). Semejantes adornos y la propia distribución, sin otra cosa más que invernarios con muchas plantas y arbustos frutales<sup>45</sup>.”

Ferrer se interesa sobre todo por la vida cotidiana de Madrid, ya que no era muy aficionado a las artes, pero es prolijo en informaciones y noticias estadísticas y juzga duramente muchas costumbres para advertir a los viajeros americanos que visiten España. Si bien el Retiro no llamó su atención, sí que le gustó la animación del paseo del Prado, aunque también le sirve de excusa para sus críticas:

“Lleváronme la primera tarde al Prado, paseo lindísimo... con justicia goza de gran fama. El Salón, parte más espaciosa y despejada, donde concurre la gente de a pie, limitado por postes el espacio para los carruajes. La entrada por la calle de Alcalá es la mejor, y la adornan la fuente de la Cibeles, que carece de hermosura y elegancia. En la calle central, de trecho en trecho hay otras fuentes, como las de las Estaciones, de Neptuno, de la Alcachofa... Son impropias de aquel sitio las sillas sin pintura ni firmeza que se encuentran para los que quieran descansar... El Prado es el teatro del lucimiento. Allí se pasan muy buenos ratos con las conversaciones de los amigos, ya con la vista y el saludo de las damas conocidas y con la infinidad de escenas frescas y joviales, serias y de cumplimento... El forastero no puede menos de divertirse, riéndose del empeño con que, en particular las señoras, ostentan sus caprichos y las mayores extravagancias<sup>46</sup>.”

Richard Ford apunta algunas notas “positivas” sobre el Jardín Botánico:

“... el Jardín Botánico... fue... trasladado a su actual solar en 1781... Se adoptó en él el sistema de Linneo y las plantas fueron distribuidas y clasificadas científicamente por Cavanilles... estaba lleno de curiosos especímenes y era un verdadero oasis de Flora en pleno desierto de las Castillas. Los invasores convirtieron este Edén en un desierto... Cuando el Duque expulsó a los destructores... el arte y la naturaleza cobraron nueva vida. Ahora, una vez más, es éste un lugar encantador; el jardín se conserva en excelente orden, tanto desde el punto de vista botánico como desde el del recreo y el placer, y se vuelve doblemente agradable al contrastarlo, como en Aranjuez, con los desnudos alrededores de Madrid<sup>47</sup>.”

También nos dejó datos sobre la Casa de Campo, en su tónica mordaz y airada:

“A la izquierda están los recintos malsanos de la Casa de Campo. Esta imitación de casa de campo era un pabellón de caza de Carlos III y comunica con el palacio por un puente y un túnel, que no está realmente a la altura del que hay debajo del Támesis. Tanto la casa como los jardines fueron devastados por los invasores, pero han sido restaurados por Cristina, que hizo aquí una granja modelo y realizó otros proyectos rurales, los cuales desaparecieron, como suele ocurrir.

<sup>45</sup> FERRER, Antonio Carlos: *Paseo por Madrid, 1835*, con prólogo y notas de J.M. Pita Andrade, colección Almenara, Madrid, 1952, pp. 75-76.

<sup>46</sup> *Ibidem*, pp. 29-33.

<sup>47</sup> FORD, Richard: *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa*, Ed. Turner Madrid, 1981, vol. I, pp. 114-115.

con la mano misma a que debían su nacimiento y conservación. Los jardines están bien abastecidos de agua y hay una bella fuente italiana de mármol y un soberbio bronce ecuestre... En la Casa de Campo se dan carreras de caballos... y compiten por la copa de la reina los descendientes de Albas y Ponces de León, vestidos de jockyes: tal es el progreso de la anglo-civilización castellana..."

El barón Charles Davillier, Caballero Mayor de Napoleón III, y Gustavo Doré, el cono-cidísimo dibujante, viajaron por España en 1862, publicando sus impresiones y dibujos por entregas en la famosa revista de viajes *Le Tour du Monde*<sup>48</sup> desde ese año hasta 1873. En 1875, la editorial Hachette reunió en un libro, traducido a las principales lenguas de Europa, esas dispersas entregas. Del texto, prolijo y muy documentado, se deduce sin embargo que la intención de estos dos viajeros era inventariar una España que iba a desaparecer acuciada por el peligro de lo moderno<sup>49</sup> y su visión general suele ser bastante positiva. Así, Davillier describe el Paseo del Prado y el Paseo de la Castellana comparándolos con los Campos Elíseos de París, sin encontrar grandes diferencias entre ambos, y repara en el frondoso arbolado y su sistema de riego por caceras:

"Salgamos de los barrios populares y de las estrechas calles del antiguo Madrid y dirijámonos hacia el paseo de moda, el Prado, punto de cita de los carruajes, de los caballeros, de los elegantes... Forma un ancho bulevar que bordea en una longitud de cuatro kilómetros a la capital, describiendo una curva irregular... cuyo principio, paralelo al Jardín Botánico, se llama Paseo Botánico. Dejando a la derecha la imponente fachada del Museo Real, se llega a la Fuente de Neptuno, donde empieza el Salón del Prado, que se prolonga hasta la Fuente de Cibeles, en el ángulo de la calle de Alcalá. Viene después el Prado de Recoletos, al que sigue el Paseo de la Fuente Castellana, llamado también Delicias de Isabel II. El Salón del Prado, que ocupa el centro de estas avenidas, es el lugar de moda. Aquí, en las largas tardes del verano y en los hermosos días del invierno, entre las dos y las cinco, puede estudiarse a la población madrileña. Unas sillas de hierro, alineadas a lo largo de los árboles, están ocupadas, como en los Campos Elíseos de París, por los que quieren limitarse al papel de espectadores... Se equivocaría uno si pensase encontrar algo de color local. Desde hace mucho tiempo las modas francesas no dejan de ganar terreno. Cada día la mantilla va cediendo paso al sombrero. Y a no ser por los gritos de los vendedores de cerillas, de los aguadores, pregonando sus claveles, creería uno estar en alguno de los paseos de moda de París.

... hacia la Fuente Castellana, a la sombra de hermosos árboles, cuyo pie se baña en un agujero redondo rodeado de ladrillos, donde cae el agua conducida por canalillos, precaución

<sup>48</sup> Gustave Doré era el dibujante de esta publicación periódica, que fue la revista europea de viajes más importante de la segunda mitad del siglo XIX. La dirigía Edouard Cartón, fundador también de *Le Magasin Pittoresque* y de la centenaria revista *L'Illustration*, que serán imitadas en nuestro país, por ejemplo con el *Semanario Pintoresco Español* de Mesonero Romanos, *La Ilustración Española*, el *Museo Universal*, *El Artista*, etc. En nuestras revistas también se recogían crónicas y corresponsalías de viajeros españoles por nuestras tierras y por otros países, así como noticias sobre los viajeros extranjeros que nos visitaban. Por ejemplo, en el *Museo Universal*, a lo largo del otoño de 1868, se dedican una serie de artículos a los "Viajeros ingleses por España".

<sup>49</sup> BUERO, Antonio: "Estudio crítico-biográfico" que introduce el *Viaje por España* del barón DAVILLIER Charles, Madrid, 1957, p. VII. Para un análisis de la visión de Madrid en este viaje, consultar DOMÍNGUEZ DÍEZ, Rosalía: "El Madrid isabelino visto por un francés: el barón Charles Davillier", en *Villa de Madrid*, nº 96, 1988, pp. 35-54.

indispensable aquí, pues el clima de Madrid es tan seco que si les faltara el agua pronto se secarían las raíces. La Avenida de la Fuente Castellana, de reciente creación, está adornada por las bonitas fuentes del Cisne y del Obelisco, y es el paseo de moda de los carruajes. Esta parte de Madrid, con sus hermosos palacetes, se está convirtiendo en un barrio elegante, de la misma clase que nuestra Avenue de l'Impératrice o el West End londinense<sup>50</sup>."

Sobre el Retiro sus impresiones sobre la vegetación, el ambiente y la zona del Parterre también son positivas y no así sus opiniones sobre el Reservado, como sucede en tantos visitantes:

"Estos jardines, los más hermosos y grandes de Madrid, datan del reinado de Felipe IV... hizo construir en ellos un palacio, que Saint-Simon encontraba tan magnífico y aún más grande y agradable, como el antiguo palacio de Madrid. "No hay nada -añade- que se parezca tanto en todos los aspectos con sus parterres enfrente del palacio, al de Luxemburgo en París. Las mismas formas, las mismas terrazas, el mismo contorno y la misma fuente y el mismo surtidor"... Espesos bosquecillos y umbrías alamedas hacen del Buen Retiro un paseo de los más agradables... En cuanto a los diferentes pabellones colocados en los jardines, como la Casa del Pescador, el Salón Oriental, la Montaña Rusa, son de bastante mal gusto y se visitan con una esquila: en verdad no merecen ser visitados...<sup>51</sup>"

En la década de los setenta nos visitó el portugués Costa Goodolphim, que exclama:

"Ahora voy a hablarle de unas cosas que, si yo pudiera, me habría traído a Lisboa, y que de esas nos agradecerían: los Campos Elíseos, el Buen Retiro y el Prado. El Prado... seduce y encanta... Los Campos Elíseos y el Buen Retiro son paseos para poetas, que a la sombra de aquellos hermosos y copudos árboles sienten la poesía renacerles en el alma<sup>52</sup>."

Eschenauer viajó a *España, a propósito de dos congresos*<sup>53</sup>, en 1880, dejando claro en su prólogo que la España de ese año no es lo mismo que la de 1840 y que, aunque sobradamente documentada hasta entonces, merece conocerla mejor y que él puede "haber visto lo que ellos (los viajeros anteriores) no vieron". Aunque apenas habla de jardines nos dejó una visión fugaz y hermosa del Campo del Moro, tan poco tratado por los viajeros, ya que en la década de los cuarenta estaba en plena formación:

"Llego de ese modo... al límite occidental de la villa, cerca del Palacio Real, vasto y majestuoso cuadrado de granito blanco, de un buen estilo, con las armas de España, situado entre la plaza de Oriente y el Manzanares, hacia el que se inclina el terreno en terrazas, en jardines deliciosos formando un basamento grandioso al más hermoso monumento de Madrid."

<sup>50</sup> DAVILLIER, Charles y DORÉ, Gustave: *Viaje por España*, Anjana Ediciones, Madrid, 1982, vol. 2, pp. 220-222.

<sup>51</sup> Ibidem, pp. 223-224.

<sup>52</sup> Recogido por GARCÍA MERCADAL J.: *Viajes de extranjeros por España...*, op. cit., vol. VI, pp. 339-360.

<sup>53</sup> Ese es el título de su relato reproducido por GARCÍA MERCADAL: *Viajes de extranjeros por España...*, vol. VI, pp. 361-452.

\* \* \*

Quizás por no entender del todo el espíritu del arte del jardín español, las visiones sobre los paisajes y jardines españoles de los viajeros, tanto del XIX como de siglos precedentes, eran, en general, pesimistas. Sin embargo, hacia los años sesenta comienzan a cambiar las impresiones que nos transmiten. Así, Prosper Merimée, en su séptimo y último viaje a España en 1864, escribe a su amigo Panizzi:

“No he hecho más que atravesar Madrid, pero me ha parecido notablemente embellecido. Con muchas casas nuevas, árboles y agua por todas partes. Con agua y sol se puede hacer todo en este país...”<sup>54</sup>

España ya no estaba tan atrasada como ellos pretendían (en lo referente a sistemas de riego y en general) o simplemente los rasgos distintivos de los diferentes países se estaban difuminando en un fenómeno paralelo al que hemos vivido durante todo el siglo XX y seguimos viviendo actualmente. Así, en su *Viaje por España*, Gautier se lamentaba de que “resulta lamentable que, precisamente ahora, cuando los ferrocarriles permiten viajar por todos los países, éstos se vayan haciendo iguales”.

---

<sup>54</sup> Citado por BENET, Juan: “Un punto de vista extranjero”, en VV.AA.: *Vistas de las obras del Canal de Isabel II fotografiadas por Clifford*, Madrid, 1988, pp. 11-16, p. 11. Prosper Merimée estuvo desde el 10 de octubre al 24 de noviembre de 1864 en casa de su amiga, la condesa de Montijo (madre de la emperatriz de Francia), en Carabanchel.